

deseos, que lo imposibilitan para diferenciar lo que ama con lo que odia. La novela también está salpicada de irreverencias hacia el creador; el retrato de Aleixo que Bom-Crioulo conserva es la imagen divina, la imagen del niño Dios, la comparación última que puede alcanzar el amor.

Por el momento histórico en que la novela se escribe pueden explicarse otras constantes en *Bom-Crioulo*. Quienes transformaron el Brasil imperial en república lo hacen ayudados por los ricos terratenientes del sur resentidos por la abolición de la esclavitud. Bom-Crioulo es un esclavo que escapa en busca de libertad. La corbeta en un principio lo fue, pues el trabajo marino no podía compararse con el de las plantaciones. La marina nuevamente lo esclaviza; es la instancia que le niega la libertad para reunirse con Aleixo, de la cual escapa. Y la pasión hacia el mancebo es una nueva faceta cuya liberación sólo se consigue destruyendo al objeto amoroso.

Bom-Crioulo es un buen ejercicio en la novela naturalista; pone al descubierto “vicios sociales” soterrados por las “buenas costumbres” y como en las novelas del ciclo Rougon-Macquart de Zola, es un enlistado de sufrimientos, iniquidades, temperamentos donde la piedad no existe; la vida es un espectáculo circense que exhibe sus aberraciones y defectos, los sentimientos son una extensión de nuestras formas y

deformaciones físicas; una visión cruda y pesimista de la existencia.

Adolfo Caminha, *Bom-Crioulo*. Editorial Posada. Prólogo y traducción de Luis Zapata. México, 1987. 189 pp.



Las luces del mundo

En México pocos escritores exigen del lector un compromiso con la narración como lo hace Jesús Gardea (Ciudad Delicias, Chihuahua, 1939). Sus novelas y cuentos son el reflejo de una escritura laboriosa que ha ido madurando, como la espera de la muerte en algunos de sus cuentos, hasta constreñirse en una obra que se adentra sin tregua en los profundos interiores del ser humano.

Las luces del mundo,¹ de reciente aparición, reúne nueve

¹ Jesús Gardea, *Las luces del mundo*. Editorial de la Universidad Veracruzana, Colección Ficción. 1986. 90 pp.

cuentos en los que Gardea expone sus relatos que nos conducen a un espacio de hostilidad hacia los seres que habitan un paraje de condiciones extremas. El frío, el intenso calor, la luz, el miedo, la soledad y la muerte forman un todo; el tiempo y el espacio donde reside la miseria de los hombres.

Cada uno de los elementos que se repiten continuamente no son la tonada de una melodía insidiosa sino un machacar que va cercanando y cercenando un habitat y que no permite escapatoria. En ese clima, donde el sol convierte a las sombras en piedras quemantes, la naturaleza se detiene, permanece inmóvil y los seres se desplazan lentamente, obedientes a designios ancestrales pues sobre ellos “descansan las cosas”. El sol quemante —muele y apachurra— obliga a estarse quieto, a refugiarse bajo los techos; la intensidad de la luz aplanar los poblados, los convierte en brillo de una superficie de agua; las calles son camposantos al mediodía, la luz ha chupado al cielo su color y las cosas desaparecen. Entonces la soledad se asienta placenteramente y el silencio crece con más intensidad que la propia luz.

La inmovilidad y la soledad son también producto de leyes que los hombres han ido tendiendo, no hay alternativas y es posible vivir con ellas. Entonces, el respeto a las normas es parte de ese estado inconmovible. Para que esto funcione el tiempo es un eje circular —los relatos se si-

túan en el verano, en agosto—donde los hechos se repiten con exactitud; cada instante está íntimamente ligado, engendrado en el pasado (“Los amigos”, “Esta misma tarde”). Los niños son apariciones vagas (“Las luces del mundo”); los personajes son seres envejecidos, girando en torno a sí mismos. La soledad conduce al callejón sin salida de los deseos insatisfechos.

El orden con que están estructurados estos elementos es un plano del miedo permanente. Cada acto de la vida puede trasgredir ese orden y conducirnos a otro círculo de una espiral dantesca. Gardea consigue que la narración logre transmitir ese permanecer alerta que el miedo conlleva; la existencia puede desembocar en múltiples vertientes.

Estas vertientes se presentan como el eje que mueve a la narración; a este paraje insólito arriban seres que sostienen el mundo interior con otros que sabemos existen y lo circundan. Son mensajes, personas que van regando sus alegrías, enviados que renuevan y dan fin a los ciclos. En “Señor Colunga” Colunga es el poseedor del calor y del tiempo, portador de la vida y de la muerte. En “Esta misma tarde” Isabel es la luz que llega para que las cosas emerjan de su gran siesta, del sueño, y ella es el parámetro del tiempo, el espejo donde Rosa y Dalia cuentan cada año las cuarteaduras de sus caras. En “La cizaña”, Santillana regresa porque la dis-

cordia se extiende como el mar y acelera los procesos; la muerte la arranca de cuajo.

El invierno es todos los muertos y la muerte es la vereda, no el final. Para caminar sobre ella los seres tienen que madurarla (“Puen-te de sombra”, “Nadie muere en la víspera”, “Señor Colunga”), puesto que nadie debe entrar a ese estado en actitud de rechazo; los seres son dignos si mueren cara a la luz, al sol. En Gardea los muertos son ánimas que permanecen, el viento los acarrea, renacen en la noche, con los recuerdos, con las sombras; al amanecer suben a beberse las luces del mundo. Los muertos son el paisaje, la soledad.

En *Las luces del mundo* la escritura es escueta, monótona. Si en *Los viernes de Lautaro* Gardea es más descriptivo, la riqueza expresiva, poética, no ha variado; las obsesiones, ahora desnudas, siguen siendo las mismas. Hay en su escritura un manejo que se adhiere al contenido temático de los cuentos: es sórdido, provoca dolor. Hay en Gardea (Premio Xavier Villaurrutia, 1980, por *Septiembre y los otros días*) un universo que convierte a sus personajes en seres heroicos, que no acaba de explorar y que se extiende por encima de otros tantos que surgen en y para la literatura.

Ricardo Perry Guillén



Latin American Literary Review (o como sobrevivir fuera del Boom)

Con motivo de cumplirse los veinte años de la primera edición de *Cien años de soledad*, la revista *Latin American Literary Review*, que se edita en la Universidad de Pittsburg, ha publicado un número especial al que ha llamado “The boom in Retrospect: A reconsideration” (Enero-Junio de 1987).

Entre los artículos interesantes vale la pena mencionar el de John Brushwood, “Two views of the boom” en el que puntualiza algunos datos: señala la fecha de publicación de *Rayuela* (1963) como punto de partida del movimiento y la publicación de *Cien años de soledad* (1967) como fecha culminante. Analiza las actitudes de los lectores norteamericanos hacia la literatura latinoamericana, con la ayuda de las tesis de Robert G. Mead:

Aunque parezca poco agradable, el hecho es que los norteamericanos preferimos seguir considerando a los hispanoamericanos como seres exóticos, a menudo encantadores, generalmente irresponsables, y nunca consecuentes.

Y concluye Brushwood:

Somos personas profundamente provincianas, a pesar de la enorme cantidad de vidas y de dinero que hemos desperdiciado en todos los rumbos del planeta